

Geografías del crimen, lugares de memoria

Espacios para leer el tiempo*

Vicente Sánchez-Biosca
Vicente.Sanchez@uv.es

«Telle est la géographie du crime: invisible à qui
ne cherche pas»

Rithy Panh¹

«Where there is sorrow there is holy ground»

Oscar Wilde, *De Profundis*

I

En los mismos años en los que Pierre Nora se internaba en la compleja tarea de interrogar los lugares de memoria de la nación francesa en su seminario de la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), que daría como fruto su impresionante *Lieux de Mémoire* (1984), el cineasta y director de *Les Temps Modernes*, Claude Lanzmann, recorría el mundo con su cámara y un exiguo equipo de colaboradores en busca de los últimos reductos humanos del exterminio judío que asoló Europa entre 1941 y 1944. Nora perseguía topografiar las representaciones de la mitología nacional en términos de memoria;² Lanzmann, encontrar a aquellos supervivientes que podían iluminar los escenarios materiales del crimen con su palabra viva. Tal vez por la insuficiencia –inconsistencia– que presentaban dichos escenarios en la actualidad los consideró *no-lugares de*

* El presente *dossier* nace de dos proyectos de investigación: *Representaciones contemporáneas de perpetradores de violencias de masas: conceptos, relatos e imágenes* (HAR2017-83519-P) y *De espacios de perpetración a lugares de memoria. Formas de representación* (PROMETEO/2020/059).

1. Rithy PANH y Christophe BATAILLE: *La paix avec les morts*, París, Grasset, 2020, p. 38.
2. Pierre Nora: «Présentation», en Pierre NORA (ed.): *Les lieux de mémoire* [1984], vol. 1, París, Gallimard, 1997, p. 15. Y «Préface à l'édition 'Quarto'» (1997), *Ibid.*, p. 7.

memoria.³ Lo curioso es que, desde perspectivas distintas (nacional una, transnacional la otra; científica una, *artística* la otra), ambos autores apelaban al espacio para abordar un objeto que hasta entonces había sido tratado en términos prioritariamente temporales: la memoria. No es menos significativo que, al hacerlo, expresasen una suerte de conciencia de la insuficiencia o inadecuación de la noción misma de espacio: Nora aclaraba que se servía del término «lugares» en un sentido que no se limitaba a lo material, sino que abarcaba una acepción metafórica, en el que *lugar de memoria* incluye símbolos, colores, territorio, es decir, que afecta también a elementos inmateriales; Lanzmann, por su parte, se enfrentaba a los escenarios de la catástrofe negándoles poder memorístico en sí mismos, no solo porque los asesinos los desfiguraron y borraron las huellas del crimen, sino también porque serían mudos sin la participación vivificadora de la palabra de quienes los transitaron. En el fondo, Lanzmann quería verlos en presente, en una rotunda –y mítica, en el fondo– negación del paso del tiempo.

Son estas dos obras auténticos monumentos sobre la memoria en la contemporaneidad y servirán de modelo, parámetro y objeto de debate durante décadas. En ambas, el espacio juega un contradictorio papel: reconocido como nuclear, es acto seguido trascendido, corregido o incluso denegado. Así, ambos proyectos se convierten en síntomas reveladores de ese giro hacia el espacio del que tanto se habló en historia (el famoso *spatial turn*), sin que ello desplazase por completo el componente temporal. Estas dos obras expresan, pues, la atracción por el espacio a la vez que lo sienten problemático. Karl Schlögel expresó el nuevo interés sobre el espacio en su capacidad de servir de catalizador del tiempo, tomando prestada una frase de Friedrich Ratzel («en el espacio leemos el tiempo»: «Im Raum lesen wir die Zeit») para titular su célebre e influyente libro.⁴ Si en ello hay giro o no, es en el fondo un falso dilema: «Turns, giros o vuelcos –escribe Schlögel– no inventan ni descubren de nuevo el mundo, desplazan puntos de vista y acceso que hasta entonces no permitían verle facetas poco o nada iluminadas. Son indicadores de una ampliación de modo histórico de percepción, no “lo totalmente nuevo” o “distinto”».⁵

Así pues, cualquiera que sea la dimensión del cambio para la disciplina de la historia, la materialidad del espacio tendrá un papel capital en el presente dossier. Porque material y definitivo es, a la postre, lo que en los espacios que serán aquí invocados pretendemos interrogar: la violencia política, de masas o genocida de la que han sido escenario y que los impregnará para siempre. La escena de los

3. Es el título («Les non-lieux de la mémoire») que adopta para su reproducción en libro una entrevista realizada por François Gatheret a Lanzmann publicada en la *Nouvelle Revue de Psychanalyse* y que llevó el título inicial de «L'amour de la haine», n.º 33, primavera 1986. *Au sujet de Shoah. Le film de Claude Lanzmann*, París, Belin, 1990, pp. 280-292.

4. Karl SCHLÖGEL: *En el espacio leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y Geopolítica* [2003], Madrid, Siruela, 2007, p. 14.

5. *Ibid.*, p. 72.

crímenes posee, por tanto, el carácter de una *escena originaria (Urszene)*, en el sentido freudiano, sobre cuyo impacto emocional y sobre cuyas cenizas la sociedad humana que le sobrevive retornará una y otra vez para conmemorar la masacre, homenajear a sus víctimas y tratar de preservarse de una repetición. O, tal vez (y no se olvide que estas prácticas no son infrecuentes), para enmascarar su sentido, negar su carácter criminal y ensalzar a los asesinos como héroes mientras perdura el régimen que hizo posible la comisión de los delitos. Entre ambos extremos, no es extraño que «habite el olvido».

II

Los retornos a los lugares del crimen a los que nos referimos no consisten solo en conmemoraciones rituales o políticas encabezadas por altas instancias del Estado o de la nación, como en el caso de los memoriales o cementerios de guerra. Revisten también todas las variedades de lo que denominamos *resemantizaciones del espacio*: desde el culto religioso o seudorreligioso hasta el relato (de testigos, víctimas y perpetradores) o metarelato (en forma de una narrativa modélica, sancionada por instituciones acreditadas), desde la arqueología y el urbanismo hasta la asunción de la fatal herencia como patrimonio. Dicho en otros términos: esos lugares se encuentran en permanente mutación. Se transforman, a buen seguro, cuando se van aclimatando a los nuevos tiempos, según modas, tendencias o valores consensuados en el panorama internacional, tales como la propaganda y la denuncia, la cultura de los derechos humanos, la movilización del activismo político de minorías, entre otros. Pero no lo hacen menos cuando permanecen estancados, mientras todo a su alrededor va cambiando. De lo que no cabe duda es de que, cualquiera que sea el tenor de esas mutaciones, una tensión los atraviesa: la que opone la resistencia del lugar del crimen, su tenacidad en preservar su antigua y letal función, a los esfuerzos por convertirlo en soporte material de su reverso, a saber, advertencia y homenaje. Quizá fuese esta la razón por la que Maria Tumarkin escogiera el término de *traumascapes* (paisaje del trauma) para referirse a los lugares marcados por historias de violencia y pérdida,⁶ lugares transformados física y psíquicamente por el sufrimiento.⁷ Este vínculo entre espacio y aflicción que se traduce en un contagio de lo humano por lo material es muy sugerente, aunque también difícil de explicar.

En virtud de lo anterior, en este dossier hemos desechado considerar aquellos acontecimientos deslocalizados, desarraigados, que fueron a encarnarse en un espacio extraño al del crimen, como sucede con muchos museos conmemorativos

6. Maria TUMARKIN: *Traumascapes. The Power and Fate of Places Transformed by Tragedy*, Carlton, Melbourne University Press, 2005, p. 13.

7. *Ibid*, p. 18.

y pedagógicos. Bastaría recordar los casos de Yad Vashem en Jerusalén, como museo dedicado al Holocausto, cuyo afán es centralizar en un lugar sagrado aquello que transcurrió en una inabarcable disparidad de lugares o, en un sentido distinto, el US Holocaust Memorial Museum de Washington D. C., cuya ubicación parece responder a una voluntad de recoger la herencia del genocidio por excelencia como motivo de pedagogía de lo «norteamericano». Frente a ello, en este dossier hemos optado por espacios marcados, contaminados por el crimen, en los que las llagas no son abstractas, sino bien precisas y señalizables.

En particular, los lugares concretos de los que nos ocupamos se esparcen por el mundo, pero no tienen nada de catálogo ni de fase inicial de una enciclopedia. Si los casos analizados son representativos, ello se debe a que los mecanismos conmemorativos, las estrategias de museificación, la articulación entre información y conmoción para los visitantes, la dialéctica entre exposición de documentos e intimidad de los testimonios, constituyen en la actualidad criterios transnacionales que nadie puede ignorar. Sería, por ejemplo, impensable un museo o memorial de una masacre que, en la era del Tribunal Penal Internacional y los programas de prevención contra genocidios, propusiera soluciones totalmente distintas e insólitas respecto a las ya ensayadas en regiones de culturas tradicionalmente distantes. No se trata de negar que cada lugar guarda su secreto y en él resuenan de forma diferente las piedras y las palabras; ni olvidar que las estrategias utilizadas, en función de historias nacionales, regímenes políticos y tradiciones memorísticas, lingüísticas y religiosas diferentes, harán resonar armonías dispares. Pero tal disparidad solo implica que cada uno de estos espacios debe negociar lo local con lo transnacional.⁸

Entre museos más o menos clásicos en su origen, omnicomprendidos, pues no están ligados a un acontecimiento único (como el Imperial War Museum de Londres o el Musée de l'Armée de los Inválidos en París, por solo citar dos ejemplos) a los nuevos espacios *in situ* como el National September 11 Memorial & Museum en el sur de Manhattan, existen muchas diferencias, algunas de las cuales revelan el dinamismo de las nuevas formas de violencia y crimen, como ponen de manifiesto las *memorializaciones espontáneas* o inmediatas que siguieron a los atentados de Londres, París, Berlín, Niza, Bruselas y, en España, los de Atocha del 11 de marzo de 2004.⁹

8. Así lo testimonian los textos clásicos que se ocupan de comparar estrategias de lugares y museos, como el de Jay WINTER dedicado a la Primera Guerra Mundial (*Sites of Memory, Sites of Mourning. The Great War in European Cultural History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995), el de James E. YOUNG consagrado al caso del Holocausto (*The Texture of Memory. Holocaust Memorials and Meaning*, New Haven & Londres, Yale University Press, 1993) o, por solo citar unos pocos, el de Paul WILLIAMS, más comparatista y concebido en la era de la globalización, pero limitado a los museos (*Memorial Museums. The Global Rush to Commemorate Atrocities*, Oxford & Nueva York, Berg, 2007).

9. Véase, respecto de los atentados de Atocha, Cristina SÁNCHEZ-CARRETERO: *El archivo del duelo. Análisis de la respuesta ciudadana ante los atentados del 11 de marzo en Madrid*, Madrid, CSIC, 2011. Una reflexión global en perspectiva comparada respecto al tratamiento de estos lugares puede

Turismo de historia, en especial de catástrofes,¹⁰ consumismo y *kitsch*, ligados a una comercialización del trauma son fenómenos que han invadido nuestras sociedades globalizadas. Apenas han transcurrido quince años desde que John Lennon y Malcolm Foley lanzaron su pionero estudio sobre esa forma de turismo negro o siniestro (*dark tourism*) y las variantes que podemos inventariar ahora son ya enormes respecto a sus previsiones.¹¹ Fue poco más tarde, cuando Marita Sturken llamó la atención sobre la relación entre el consumismo propio de la sociedad norteamericana y el turismo de historia en su libro *Tourists of History*.¹² Desde entonces, el terrorismo globalizado y la multiplicación del turismo han alcanzado cotas insospechadas por todo el planeta.

III

El examen atento de algunos de estos escenarios en sus detalles es, como se verá en los artículos que siguen, complementario del efecto provocado por el tiempo sobre las estrategias de conservación y patrimonialización. El itinerario de cada uno de esos espacios tiene su punto de partida en la escena del crimen, pero su punto de llegada es, en cambio, incierto, dado que las transformaciones, activas o pasivas, de los escenarios son incesantes. Podríamos incluso corregir lo anterior advirtiendo que el punto de origen posee en algunos casos su prehistoria y haber sido escogido precisamente en virtud de ella por los perpetradores del crimen. Compárese, por ejemplo, la elección de un lugar poco significativo de la campaña polaca para edificar el campo de exterminio de Treblinka –cuyas únicas virtudes radicaban en la cercanía de la vía férrea que comunicaba con Malkinia y su lejanía respecto a las miradas curiosas–, con la elección de las Torres Gemelas de Manhattan –precisamente por tratarse de una encarnación del poder financiero y espectacular de Estados Unidos– para llevar a cabo un atentado que conmovió al mundo; o, por añadir un ejemplo más, la elección de un centro de enseñanza para albergar el más terrible centro de tortura del Sudeste asiático. Cómo señalar el crimen, designar a sus actores, sus víctimas, sus cómplices y, si es el caso, cómo hacer pesar la prehistoria del lugar; cómo convertir el conjunto en parte de la historia, prevención y memoria: estos son los puntos sobre cuya reflexión se articula el presente dossier.

encontrarse en el dossier, coordinado por G r me TRUC: *M morialisations immédiates / Spontaneous Memorialization, Mémoires en jeu* n. 4, 2017.

10. También naturales (tsunamis, terremotos, derrumbamientos, inundaciones, etc.), aunque no son estas las que nos ocupan en esta ocasión.

11. John LENNON y Malcolm FOLEY: *Dark Tourism. The Attraction of Death and Disaster*, Londres, Thomson, 2006.

12. Marita STURKEN: *Tourists of History. Memory, Kitsch, and Consumerism from Oklahoma City to Ground Zero*, Durhan & Londres, Duke University Press, 2007.

Como señaló Tumarkin veinte años después de haber iniciado su empresa con los «traumascapes»,¹³ los lugares interrogados en este dossier poseen esta condición de ser «haunted and haunting» (habitados y obsesivos) en alto grado. La mera mención de sus nombres producirá al lector un escalofrío, un malestar, pero quizá también la curiosidad ante ese insondable misterio de la iniquidad y del azar: el casino de oficiales de la ex Escuela de Mecánica de la Armada, en Buenos Aires, investigado por Claudia Feld; Villa Grimaldi, en Santiago de Chile, analizado por Jaume Peris Blanes; la zona cero y el Memorial de la Paz de Hiroshima, estudiado por Marcos Centeno; el centro de tortura S-21, convertido en el Museo del Genocidio de Tuol Sleng, en Phnom Penh, abordado por Vicente Sánchez-Biosca; las memorializaciones inmediatas después de la ola de atentados yihadistas en Europa, analizadas por G r me Truc; y, coronando la reflexión de este número por su cercanía, el Valle de los Caídos construido en Cuelgamuros *ad maiorem gloriam* de los mártires de la «cruzada», ideado por Franco y objeto, cuando escribimos estas líneas, de un amplio debate en torno a nuestra relación con la memoria de la guerra civil, del franquismo y los posibles retos de una memoria democrática. Esta reflexión se presenta en forma de una entrevista con Francisco Ferrándiz conducida por Violeta Ros.

Espacios del dolor y de memoria, espacios también incorporados a la historia; espacios en mutación permanente. Una muestra de otros muchos: cada uno de ellos singular, pero también conectado, por un hilo invisible, con los demás. Es ese diálogo, a través de palabras, imágenes y estrategias, lo que nos proponemos estimular. Como una trama espesa tejida por una laboriosa ar a: así viven entre nosotros –visibles, visibilizadas o, por el contrario, disimuladas u ocultadas– las ruinas de los crímenes que nos afligen.

IV

Este dossier tiene su origen en algunos ejes que vertebraron un congreso internacional celebrado en la Universidad de Valencia en noviembre de 2019 bajo el paraguas del grupo de investigación REPERCRI, dedicado al estudio de perpetradores de violencias de masas. Debo recordar las figuras de mis coorganizadores Anacleto Ferrer y Brigitte Jirku. Sin embargo, los textos que se presentan aquí no se organizan, como fue el caso en aquella ocasión, en torno a la perspectiva de la perpetración, aunque esta se encuentra inevitablemente presente. Tampoco todos los autores que participan en este volumen intervinieron en aquel marco

13. Maria TUMARKIN: «Twenty Years of Thinking about Traumascapes», *Fabrications*, vol. XXIX, n.  1, pp. 4-20 (2019). En este texto, la autora propone sustituir la idea de «traumascapes» en aras de una apuesta activa por el compromiso, lo que daría un paso a lugares de conciencia (*sites of conscience*), en un deseo –interesante, aunque no exento de escollos– de pasar de la memoria a la acción (p. 16).

y, cuando coinciden sus nombres, no participan en esta ocasión con el mismo enfoque. Agradezco a los autores haber aceptado la invitación a participar en este volumen, así como la gentileza y apoyo de Philippe Mesnard, Violeta Ros, Juanjo Monsell y Rosa Durá.

.....
VICENTE SÁNCHEZ-BIOSCA es catedrático de Comunicación Audiovisual. Es IP del proyecto «De espacios de perpetración a lugares de memoria. Formas de representación» (PROMETEO/2020/059). Su próximo libro es *La muerte en los ojos. Qué perpetrán las imágenes de perpetradores* (Alianza, 2021) <<http://roderic.uv.es/pers/G6106.html>>. <www.repercri.com>.